



PARA MÁS
SEÑAS, LAURA



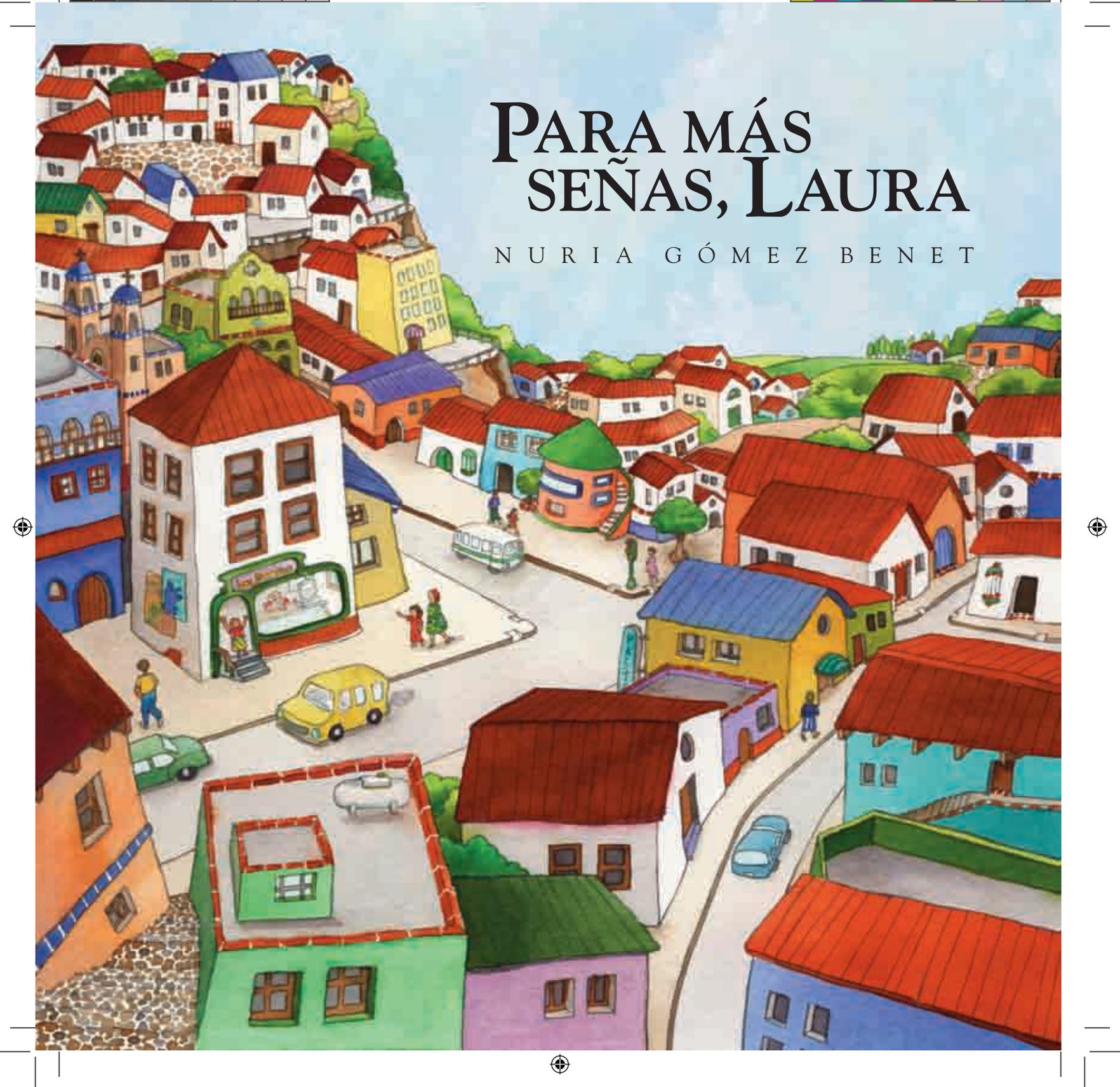




“El sordo es capaz de cualquier cosa,
menos de oír”.

King Jordan,
Ex-rector de la Universidad Gallaudet





PARA MÁS SEÑAS, LAURA

NURIA GÓMEZ BENET

Manos, bocas y letras

¡A la tienda con mi papá me encanta ir!¹ Siempre hay cosas divertidas que hacer: acomodar los pastelitos en el ex-hi-bi-dor (esta palabra me cuesta mucho trabajo), atender a las personas o hacer los juegos que leo en las cajas de cereal.

Mi papá se llama Esteban y tiene una tienda en Kipatla, por eso todos lo conocen. La tienda se llama “Los Patos” y ahí se vende de todo.

Antes yo iba en las tardes a ayudarlo. Me decía mi papá: “Laura, te necesito, hijita”. Yo me llevaba mi tarea a la tienda y ahí a ratitos la terminaba, sobre todo si tocaba algo de leer. Leer también me gusta mucho. Aprendí todas las letras desde la prepi y después seguí aprendiendo a leer muchas cosas más.

De la tienda sé hacer casi todo: sé dónde las cosas están, sé los pedidos grandes empacar (¡que el pan no se apachurre o los huevos no

¹ Este tipo de construcción de frase es la que se usa en la *lengua de señas mexicana*, que es el idioma que emplean las personas sordas en nuestro país.





se quiebren entre las otras cosas!), sé las cuentas hacer y el cambio dar. Dice mi papá que cuando yo sea grande no me va a costar trabajo poner una tienda, porque ya sé hacer todo.

Me gusta atender cuando vienen compañeros de la escuela. A veces vienen los gemelos a pedir algo para su mamá. Sandra y Saúl conmigo en tercero están. A él le gusta como a mí resolver los juegos de las cajas de cereal, sobre todo los de claves o lenguajes secretos. Ya sé que cuando vienen los gemelos, si les sobra cambio, siempre se llevan algún dulce. Sandra, chiclosos de cajeta; y Saúl, sobrecitos de chamoy picante. Diferentes cosas a los gemelos les gustan. Yo les veo la cara y veo que están muy contentos comiendo sus dulces.

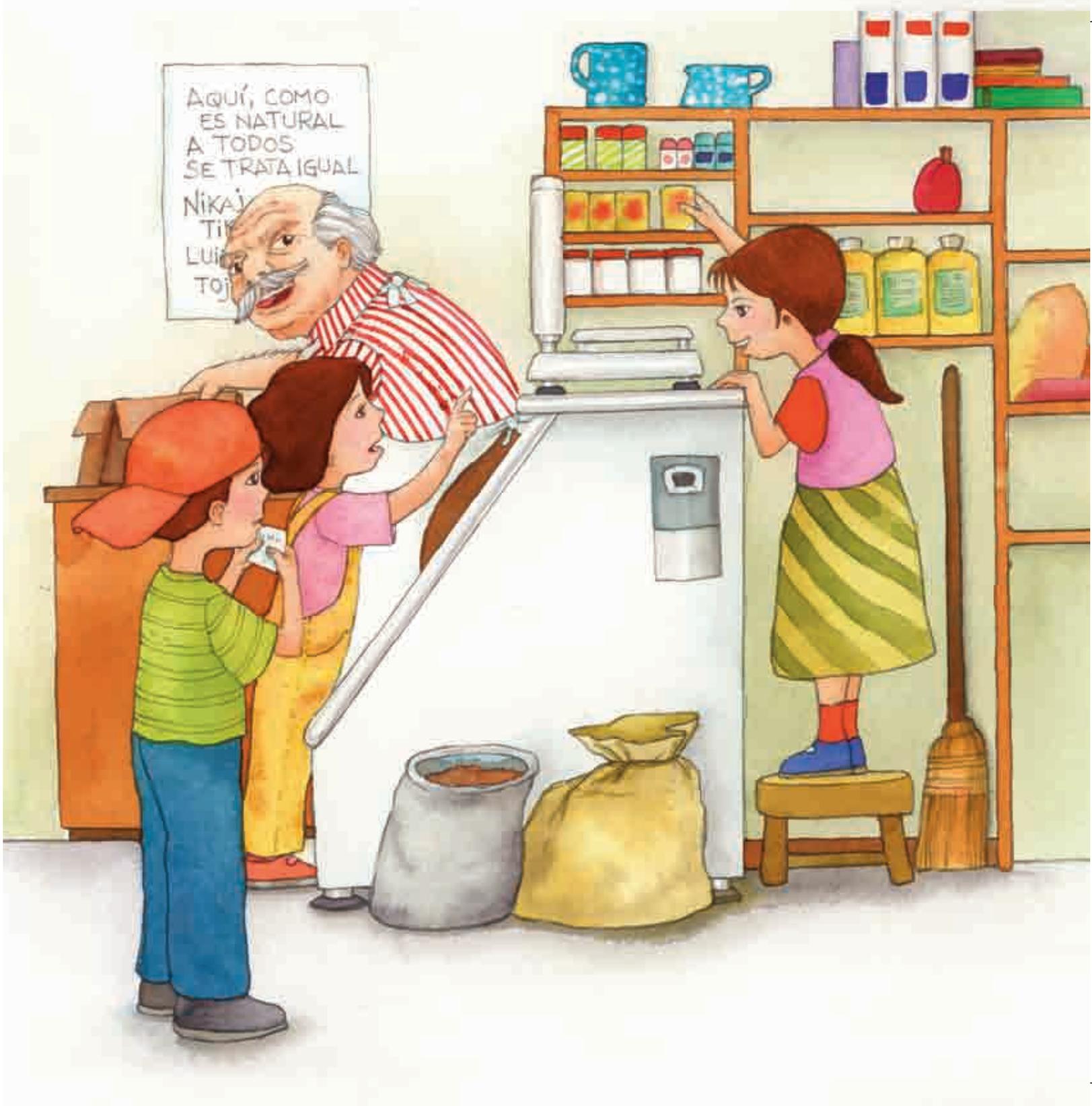
Ahora a mi papá ya no le puedo ayudar siempre en la tienda: dos tardes a la semana tengo algo más importante que hacer. A él se le olvida y a veces me llama, como el otro día:

–Laura, te necesito, hijita.

Yo no traía puestos mis auxiliares auditivos y no lo escuché.

–Laura, te necesito, hijita –me dijo de nuevo–. Laura... –entonces se dio cuenta de que me había quitado mis auxiliares.

¡Ah, es que no les he contado que yo tengo unos aparatos que me ayudan a escuchar! Son como unas lunitas rosas con un mini popote, que me pongo atrás de cada oreja. Porque hace tres años me enfermé de los





oídos horrible y al final ya no pude escuchar. Me quedé sorda. Bueno... un poquitito sí oigo, pero casi nada. Por eso desde hace unos meses tengo mis auxiliares auditivos. Esa tarde me los había quitado un rato y mi papá me tuvo que hablar de frente, para que le leyera los labios, como él mismo me enseñó:

–Laura, te necesito, hijita. Vente a la tienda –leí que me decía. ¡Pero yo no podía! Era martes y todos los martes tengo mi clase con Edgar. Se lo dije.

–¡Claro! –ví que me contestaba, con esa cara que pone cuando se acuerda de algo–. No se te olvide pasarme la lección–. Y entonces me demostró que sí había hecho la tarea de la clase pasada. Me dijo:





Ya sabe muchas señas mi papá, porque cada que puede viene a la clase con Edgar. Él nos da lecciones para hablar con las manos. Es un idioma que se llama *lengua de señas mexicana*. Nos sirve a los que no oímos, para platicar entre nosotros, pero también les sirve a los que escuchan cuando algo a nosotros quieren platicarnos.

Los martes y los jueves voy a mi clase con Edgar. Somos varios: viene Susi, una muchacha que también es sorda. Ella es mucho más grande que yo: tiene 21 años. Mi hermano Pedro toma la clase con nosotras, y Katia su esposa: ellos quieren aprender para platicar conmigo. Eso me gusta.

Lo que no me gusta es cuando me pasan cosas como la que me pasó hace como dos meses en la escuela.

De cara al pizarrón

Con mis aparatos auxiliares un problema tenía: mucha pena me daba que me los vieran mis compañeros. No quería que me preguntarán qué era eso o por qué los usaba. Creía que se iban a burlar y me los quitaba antes de ir a la escuela, aunque me quedara sin oír en el salón de clase. ¡Era horrible!

Mi lugar estaba hasta atrás y yo no alcanzaba a ver los labios de la maestra Ofelia, para saber lo que decía. Cuando explicaba, por ejemplo, una multiplicación, mientras iba poniendo los números, la maestra se



volteaba hacia el pizarrón y yo creo que hablaba, porque los demás movían la cabeza diciendo que sí... ¡y yo no me enteraba! Después, así, de repente, los demás sacaban sus libros y se ponían a hacer un ejercicio.

Yo no entendía:

–Psst, ¿qué tenemos que hacer?
¿En qué página? ¿Cómo se hace?

–le preguntaba yo en voz muy bajita al de junto, pero la maestra me escuchaba y se enojaba conmigo:

–¡Laura! –entonces sí se acercaba a mi lugar y me hablaba de frente–. ¡Silencio, y a trabajar! ¡No distraigas a tus compañeros!

–Es que...

–Laura, ya sabes que tienes que estar muy atenta. ¿Por qué te distraes?

–No, maestra, lo que pasa es que...

–No puedo volver a explicar todo desde el



principio. Haz las operaciones como tú creas y luego las revisamos.

–Pero es que no alcancé a verle los labios...

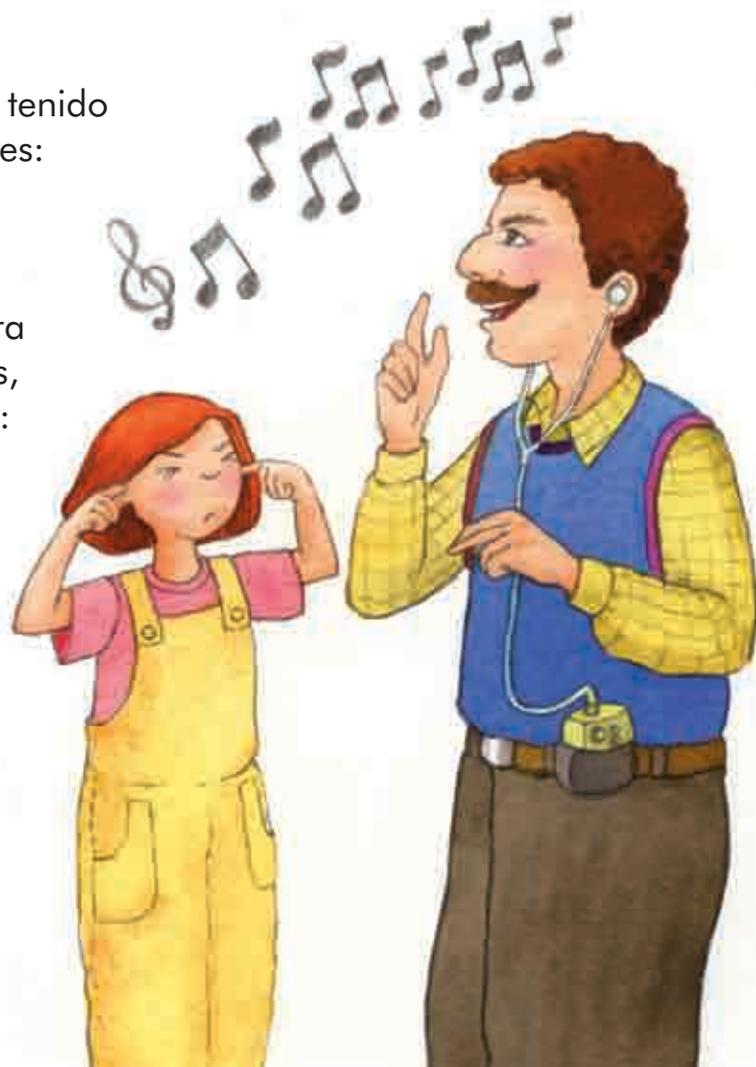
–Shh, habla más bajito, Laura. No tienes que gritar.

¡Claro!, sin mis auxiliares yo no puedo escucharme cuando hablo y entonces lo hago muy fuerte sin darme cuenta. Pedro, mi hermano, dice que a él le pasa lo mismo cuando trae su *walkman*, que si le hablan no escucha y contesta gritando. Por eso en el salón todos decían que yo era muy gritona.

Aparte, mi maestra siempre ha tenido fama de regañona. Su frase favorita es: “¡Niños, cállense!”

Yo ya le había pedido que me sentara hasta adelante del salón, para poder ver y entender mejor sus labios, sus gestos y sus señas, pero no quiso:

–No me gusta hacer tanto cambiadero de lugar –me dijo con cara de enojada–. Además, necesito sentar hasta adelante a los más inquietos, como Saúl y Vanessa, para controlarlos mejor. ¡Niños, cállense! Tú te portas bien y no das tanta lata. Así me funciona mejor.

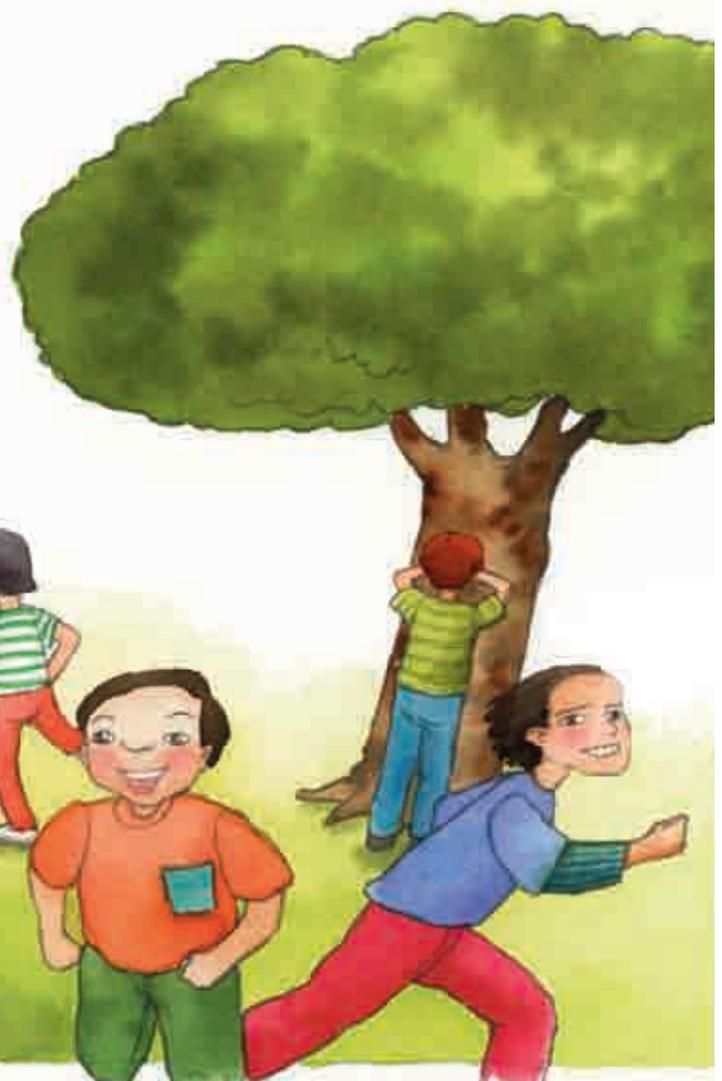




Sí. Yo siempre me portaba muy bien. No me queda otro remedio. ¿Saben por qué? ¡Porque no escuchaba si estaban haciendo una broma, ni sabía de qué se estaban riendo los demás!

La escuela se me hacía muy aburrida, además yo no tenía amigos. Eso era lo peor. Al principio me invitaban a jugar con ellos, pero luego ya no, porque muchas veces no escuchaba bien lo que decían.

Un día, por ejemplo, nos pusimos a jugar a las escondidillas (o... no me acuerdo bien, creo que era al bote pateado). Yo corrí, como todos, a esconderme. Busqué un buen lugar donde nadie pudiera verme y me metí, pero después no oí cuando iban encontrando a los demás. Saúl los encontró a todos y se acabó el juego. Yo me quedé escondida hasta que



terminó el recreo. Cuando me dí cuenta ya todos estaban entrando al salón. Llegué tarde y todos estaban muertos de la risa. Menos la maestra Ofelia:

–¡Niños, cállense!

Pero por más que los regañó, esa vez se tardaron muchísimo en quedarse tranquilos.

Una vez estaba tan harta de la escuela, que le dije a mi papá que ya no quería ir. Prefería quedarme con él y ayudarle en la tienda. Él me sentó en sus rodillas.

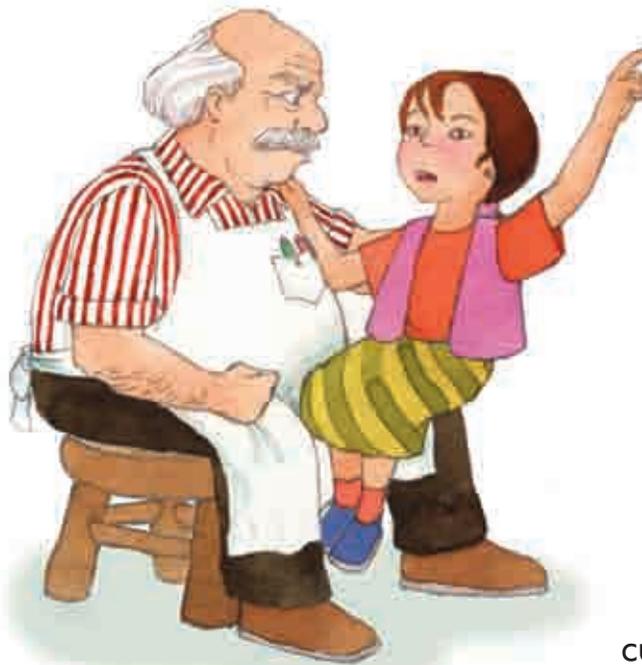
–A ver, ¿por qué ya no quieres ir, m'hija?

Le dije que me costaba mucho trabajo entender.

–¿Con todo y tus auxiliares auditivos?

Tuve que contarle que por pena me los quitaba. Él me abrazó, pero de todos modos me dijo que me los tenía que poner siempre.





También le conté que la maestra me sentaba siempre hasta atrás del salón. Él sacó una hoja blanca y le escribió una nota.

–No va a servir de nada, papá –le expliqué–. Yo ya se lo he dicho y no me hace caso.

Mi papá mandó la carta de todas maneras... y de todas maneras la maestra no hizo caso. Después, cuando mi papá fue a hablar con ella, le respondió que era muy difícil que ella me dedicara tanta atención, que no era yo solita en el salón, que tenía muchos alumnos y que no podía, además de corregir cuadernos, preparar la clase, hacer los exámenes, explicar las lecciones y controlar al grupo, estar fijándose para donde volteaba al hablar.

Aquel día hasta le dije a mi papá que a lo mejor la maestra tenía razón, que a lo mejor yo no servía para la escuela, que a lo mejor era un poco tonta. Mi papá se puso muy serio y se quedó callado.

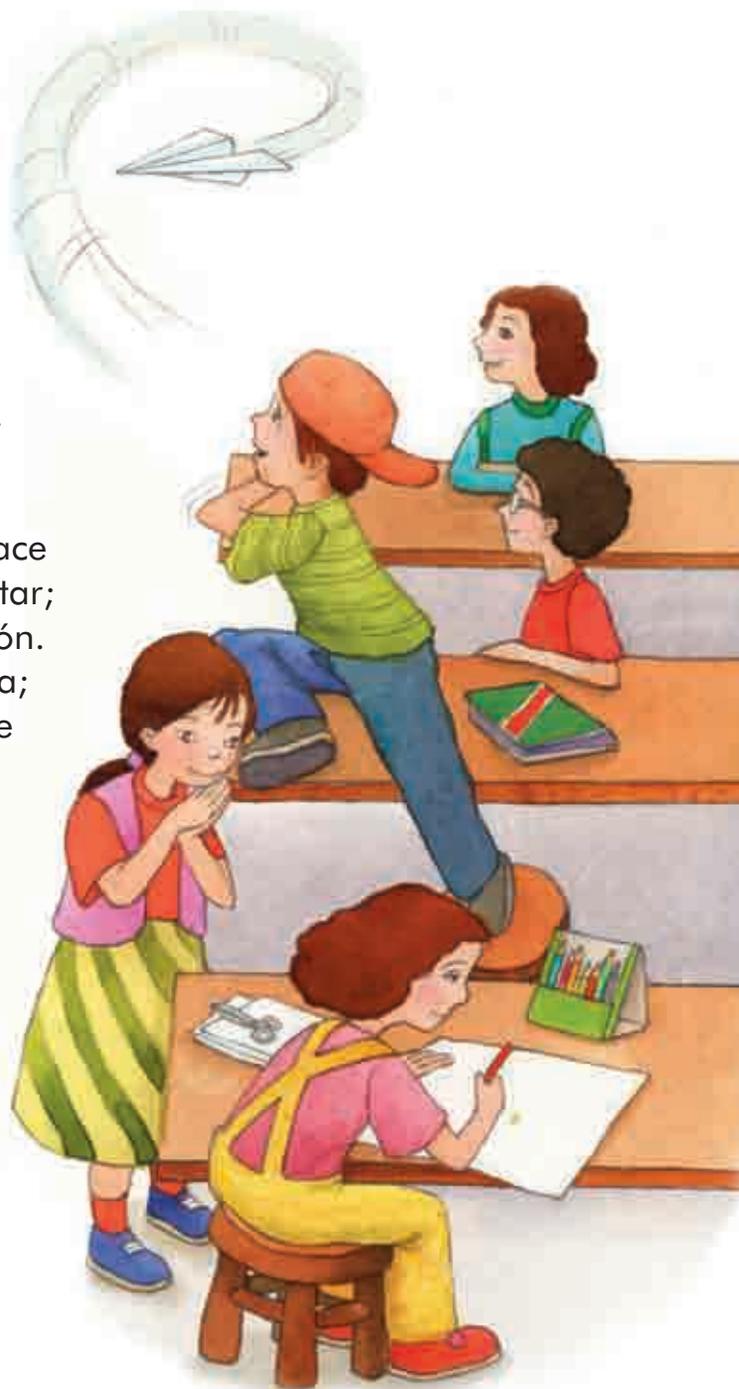
–A lo mejor no, a lo mejor lo ideal sería que tu maestra supiera *lengua de señas mexicana*, a la mejor hay algo que podamos hacer –me arremedó mi papá–. Déjame pensar.



Gemelos de buena suerte

Tener gemelos de buena suerte es. Bueno, dice mi papá que eso es lo que algunas personas creen. Yo no sé. Sandra, la que se sienta junto a mí, es gemela de Saúl, el más travieso del salón. Yo no entiendo cómo pueden ser gemelos y ser tan diferentes. Sandra es calladita y aplicadísima. Saúl es relajiento y nunca hace la tarea. A Sandra le gusta dibujar y recortar; a Saúl, aventar aviones y ligazos en el salón. Sandra tiene su mochila siempre ordenada; Saúl tira las cosas debajo del pupitre, sube los pies encima de la mochila y luego se enoja porque a la hora del recreo su sándwich está todo apachurrado y trae el aguacate de fuera. Además, siempre pierde los lápices y tiene que pedirle los suyos a su gemela. Sandra pone atención en clase y termina los ejercicios a tiempo; Saúl, en cuanto alguien se levanta de su silla, corre a ponerle el cojín bromista, ese que se infla, para que cuando se siente haga:

–¡Prrruuum!





¡A mí ver cómo todos se carcajean mucho me divierte!

–¡Niños, niños, cállense! –dice la maestra Ofelia, y manda a Saúl con el profesor Menchaca, el director.

Lo único que sí les gusta a los dos gemelos Gorozpe es escribir mensajes en clave, hablar idiomas diferentes y hasta inventados. Hablan entre ellos con la efe y saben hablar en algo que le llaman “cuti”. Lo hacen tan rápido que nadie les entiende nada.

–¿Cutiqué cutité cutidí-cutijó cutiel cutipró-cutifé-cutisor cutiMén-cutichá-cuticá? –le preguntó Sandra a Saúl, cuando regresó de la dirección.

–*Quefe nofo lofo volfol-viefe-rafa afa hafa-cefer. ¡Yfi mefe quifi-tofo mifi glofo-bofo!*

–¡Niños, cállense! –ni la maestra Ofe les entiende. Y yo menos, aunque tuviera aparatos auxiliares con pila nueva y toda la cosa.

Sandra y Saúl son los más chicos de su casa. Tienen muchos hermanos grandes: Tere, que ya acabó la primaria, Beto, que trabaja en la Casa de la Cultura, y dos hermanas más grandes que ya son casadas. En eso nos parecemos: yo también tengo un hermano grande que ya está casado. Eso es padre porque te pueden llevar a muchos lados, aunque no vayan tus papás.

Bueno, pues resulta que junto a mí a Sandra la sentaron. Amigas no nos habíamos hecho, hasta un día en que hubo dictado de enunciados. Nunca se me va a olvidar.

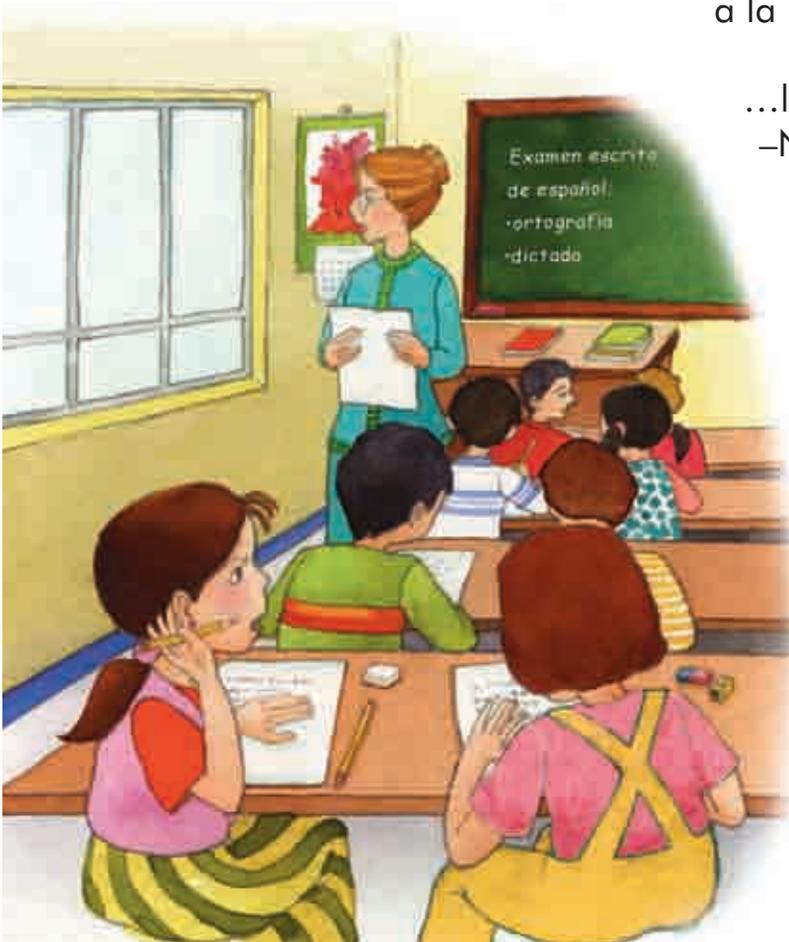


La maestra Ofelia estaba dictando y yo mirando con mucha atención, para que no se me escapara ninguna palabra de las que iba leyendo en sus labios:

–¡Niños, cállense, por favor! Número tres: Jaime y David juegan futbol en la cancha deportiva... “Jaime y David juegan futbol en la cancha deportiva”.

–Cuatro: Noemí pinta con acuarelas sobre un lienzo blanco.

Hasta allí iba yo muy bien, aunque la última palabra siempre la tenía que escribir sin mirar el cuaderno, porque no podía perder de vista a la maestra.



...lien-zo-blan-co. ¡Listo!

–Número cinco: Fabiola se viste...

¡En eso que la maestra Ofe se voltea hacia la ventana! ¡Aaaaah!
¡Tan bien que iba yo! Mi papá tenía razón: ojalá que la maestra dictara también en lengua de señas. Todos los demás escribían sin mirarla, concentrados. Yo los miraba a ellos, desesperada. Volteé para el otro lado. También los de esos mesa bancos escribían clavando la mirada en los cuadernos.





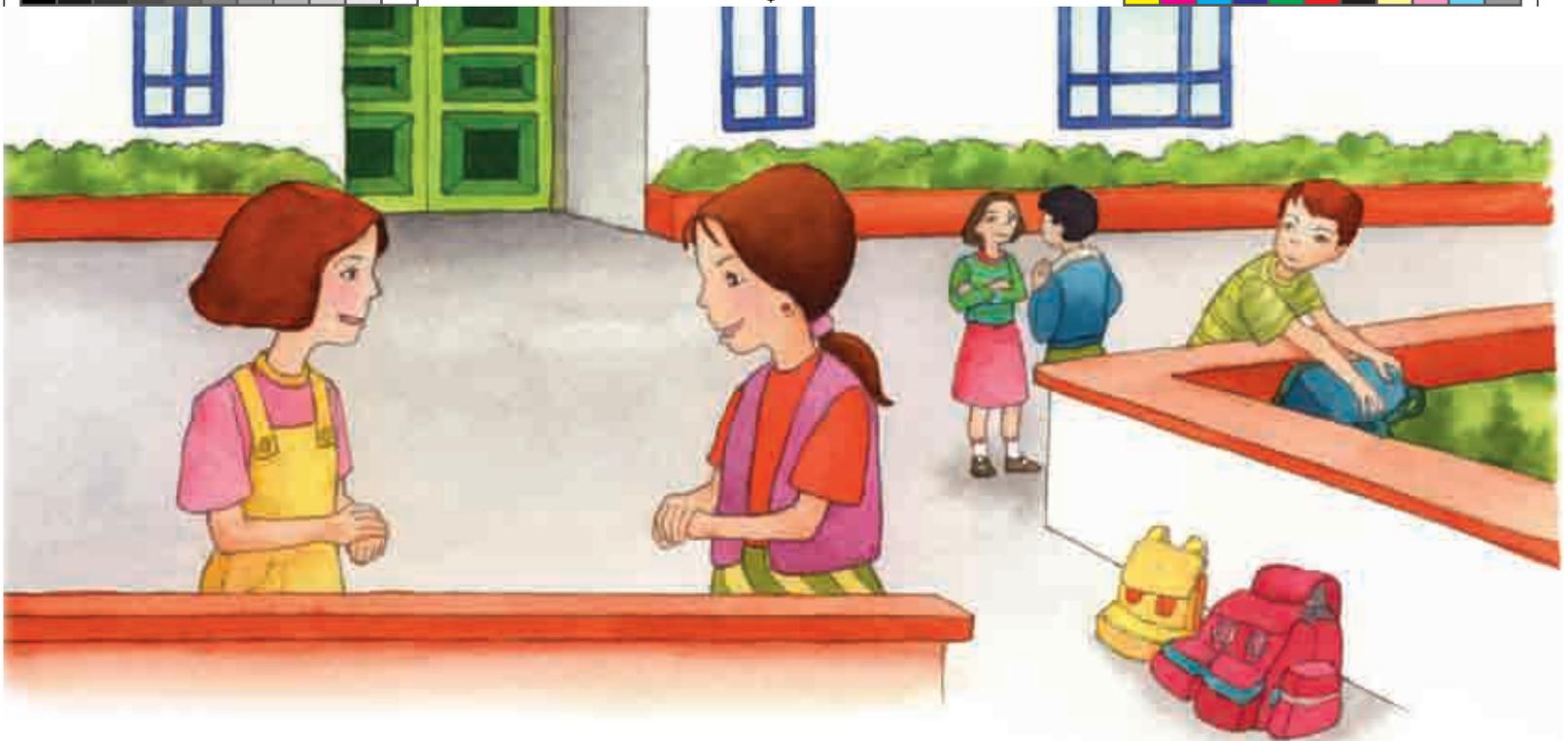
Bueno, menos Saúl, que le estaba preguntando a Nacho, por debajo del pupitre, que si “viste” era con ve chica o con be grande... Nadie se fijaba en mí. Era como si yo, por no poder escuchar, como por arte de magia me volviera invisible. Tal cual, como si no existiera.

Pero de repente sentí que algo me tocaba en el brazo varias veces. Era una goma, no había duda: se sentía. Me volteé y, sí: vi una goma, vi un lápiz, después un brazo y al final del brazo, Sandra que me señalaba su cuaderno. Había hecho la letra grande a propósito, para que yo la alcanzara a ver:

“Fabiola se viste para la fiesta en su recámara”, leí claramente. Sandra me sonrió. Tenía una sonrisa chiquita, pero risueña.

Así terminé el dictado al mismo tiempo que todos. Cuando salimos al recreo le di las gracias a Sandra, fijándome bien en no gritar.

–De nada –me dijo ella y me dio la mano. Sentí muy bonito. Tener la mano de alguien en la mía me gusta mucho. Diario camino de la mano de mi papá, de Katia o de Pedro, mi hermano, y siempre me ha gustado, porque se siente la compañía en la piel. Pero nunca le había dado la mano a nadie en la escuela. No quise soltar la mano de Sandra hasta que se acabó el recreo... y ella tampoco. Jugamos a escribir las letras en la palma de la otra. Yo le puse después un sol dibujado con mi dedo. Ella me pintó una luna. Yo un perro, ella un pato. Yo un cuatro, ella un cuatro de cabeza, que era una silla. Entonces se me ocurrió hacerle la seña de “amiga” que me había enseñado a hacer con las manos mi maestro Edgar.



Se me quedó mirando sin entender. Entonces le dije:

–¿Quieres ser mi amiga?

Y le escribí en la mano: a-m-i-g-a-. Ella me escribió en una mano una S, y en la otra una I.

Saúl, que estaba por ahí, escondiendo las loncheras de todos entre las plantas, nos vio haciendo señas y vino corriendo. Si había un idioma nuevo, él tenía que saberlo.

Así empezó mi buena suerte. Ese día les conté a los gemelos de mis clases de *lengua de señas mexicana*. Estaban emocionados y querían aprender más y más señas. Yo estaba de suerte: tenía amigos gemelos, como quien dice, dobles amigos.



Beto y Susi se aman

Uno de esos días Beto, el hermano grande de los gemelos, se enamoró. Se enamoró de Susi, la que viene conmigo a la clase de lengua de señas. Yo lo supe enseguida, porque vi la cara de lelo que puso cuando la conoció en la tienda de mi papá. Era un martes y teníamos clase. Habíamos quedado de vernos en “Los Patos” para irnos con Pedro y Katia. Beto había ido por su cuenta con los gemelos a la tienda. Acababan de llegar y estaban platicando con mi papá:

–¿Qué tal don Esteban? ¿Cómo estás Laurita?

–Muy bien, Beto –respondimos mi papá y yo.

–Buenas tardes, señor Esteban –dijo Sandra y a mí me saludó en lengua de señas.

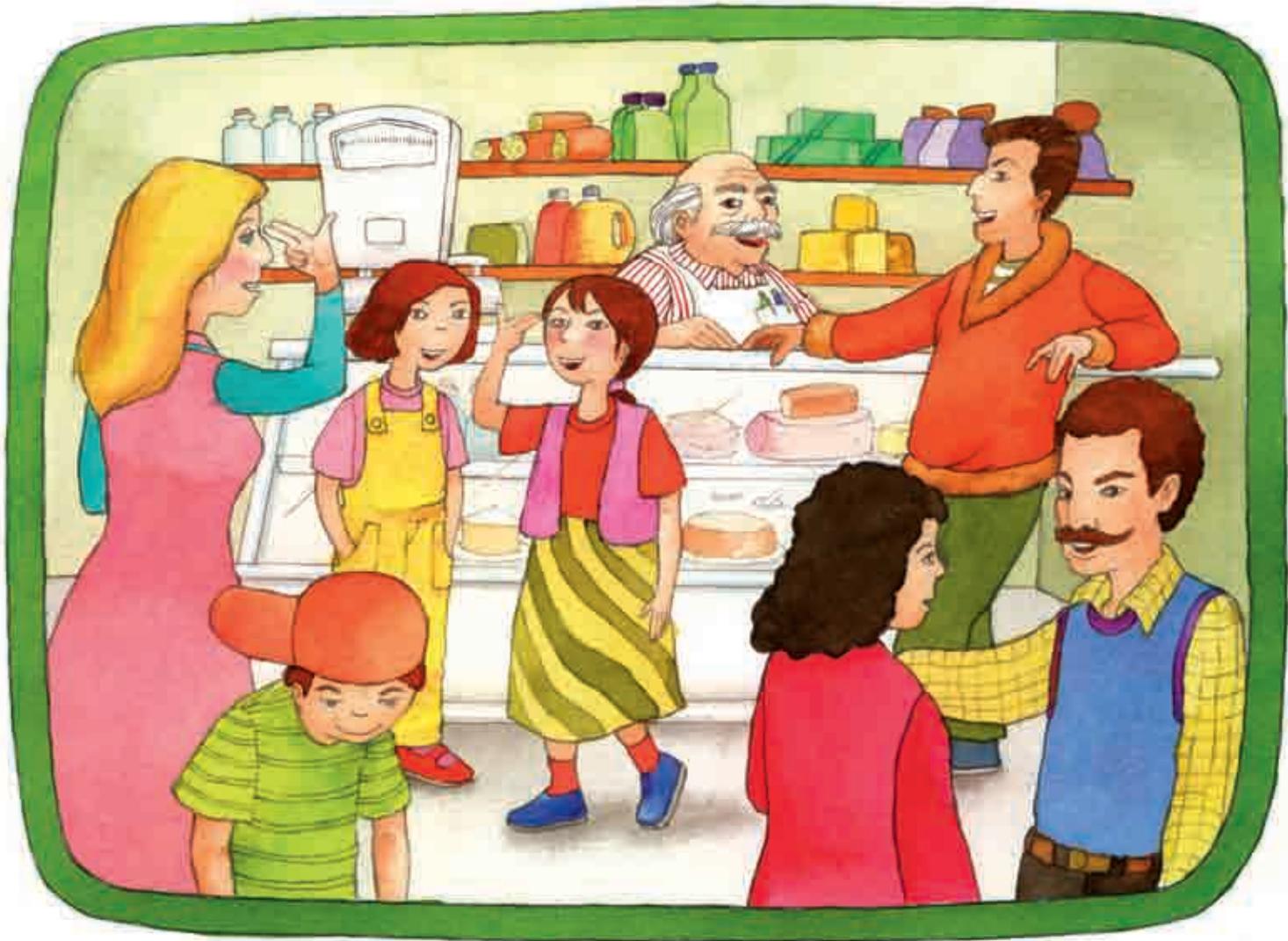
Saúl no saludaba. Caminaba agachado mirando al piso. Se había encontrado tirado un candado y andaba por todo Kipatla buscando a ver si acaso se le aparecía también la llave. Ya se había encontrado dos, pero ninguna era la de su candado.

–Saluda –le dijo entre dientes Beto a Saúl.

El gemelo saludó alzando la mano, pero sin levantar la cabeza.

–¿Vio el partido de ayer, don Esteban? ¡Qué golazo el del Flaco Gutiérrez! ¿No?

–Sí, ¡qué bonito remató el pase del Cosme!



En eso estaban, cuando llegó Susi... y Beto puso esa cara de pasmado. Seguro se le olvidó hasta de qué estaba platicando. Susi nos saludó a todos en lengua de señas. Mi papá, Katia y yo le contestamos igual. Beto no. Beto nada más abrió la boca, pero estoy segurísima de



que no hizo ningún sonido, porque más bien se quedó pasmado. Luego, se puso rojo. Saúl se empezó a reír. Yo le dije a Susi en señas:

–Él es Beto.

Susi le dio la mano a Beto, pero Beto se tardó en reaccionar. ¡Más risa le daba a Saúl!

Katia, Pedro, Susi y yo nos despedimos y nos fuimos hacia la casa de Edgar. Beto se quedó ahí, mirando a Susi hasta que se desapareció de su vista. Saúl ya se estaba haciendo pipí de la risa.

Dice mi papá que cuando le preguntó a Beto que qué venía a comprar, no supo. Se le había olvidado. Entre las carcajadas de Saúl, Sandra le recordó que su mamá les había encargado una lata de chiles jalapeños, medio kilo de lenteja y una cajita de consomé. Saúl se limpiaba las lágrimas que le habían salido de tanto reírse:

–¡Ah, ji, ji! Y si sobra cambio, yo voy a querer chamoys de los que pican... ¡Ah, ji, ji!

–Y yo mis chiclosos de cajeta –pidió Sandra.

Mi papá me dijo que cuando a Beto se le quitó lo pasmado, se puso muy serio. Le preguntó que por qué Susi no hablaba. Él le explicó que porque era sorda. Ella nació así, por eso de chiquita tampoco pudo aprender a hablar. Ahora ya sabe hablar, pero habla con sonidos un poco raros y muchas veces la gente no la entiende. Por eso también habla



con lengua de señas. Así le entendemos mejor. Beto se quedó pensativo.

–¿Y si yo quiero platicar con ella?

–Pues con señas, Beto –le dijo mi papá.

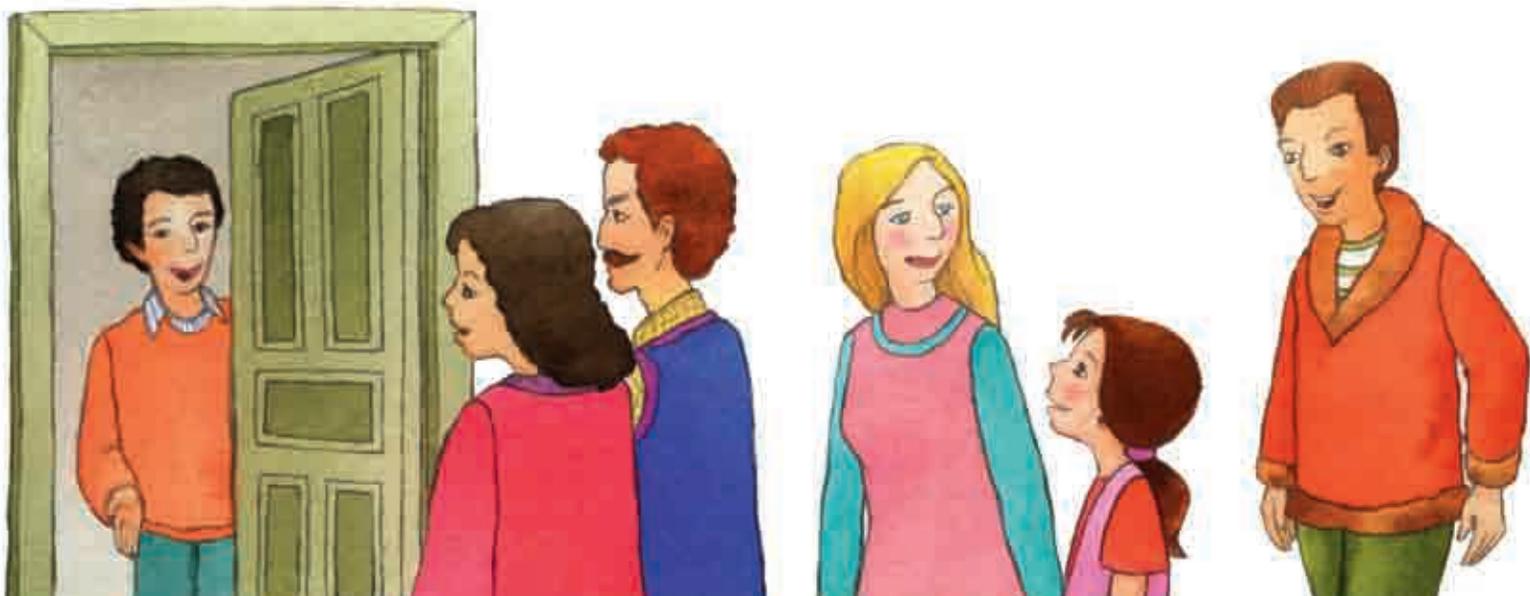
–Pe... pero ¿yo dónde puedo aprender a usar las mismas señas que ella, para que nos entendamos?

–Pues en la clase que les da el maestro Edgar. Para allá van.

Dice mi papá que en ese mismo instante Beto salió corriendo a alcanzarnos. ¡Hasta se le olvidó su pedido... y sus hermanos! Mi papá los tuvo que llevar a su casa, junto con las lentejas, los chiles y el consomé.

Cuando nosotros llegamos a casa del maestro, antes de que él nos abriera la puerta, vimos a Beto derrapándose al dar la vuelta en la esquina, a todo lo que daba. Nos dijo que no quería llegar tarde a su primera lección. Cuando Beto la miró sonriendo, Susi se puso colorada.

Ya me lo sospechaba; ella también se andaba enamorando.





Platicando en silencio

Los martes y los jueves, después de la clase, a comerse unos tacos a “La Vitamina T” Beto invita a Susi. Ahorita todavía tienen que platicar en un cuaderno –porque Susi sí sabe leer y escribir en español.

Katia, Pedro y yo nos los encontramos el otro día. Se veían muy bien juntos: Beto escribía algo y Susi le sonreía, luego le escribía otra cosa y él intentaba contestarle en lengua de señas. Como se equivocaba mucho, porque apenas está aprendiendo, Susi le acomodaba las manos y los dedos hasta que hacía la seña como debe de ser. (Aunque yo sospecho que Beto muchas veces se equivoca adrede, para que Susi le agarrara las manos..)

No es que yo sea una metiche. No me gusta estar mirando las conversaciones ajenas, pero les aseguro que de repente volteé hacia su mesa y justo vi que Beto le hacía a Susi una seña inconfundible. Le dijo:

“TE QUIERO”.

Le di un codazo a Katia, y le dije que Beto se le estaba declarando a Susi. Para cuando Katia volteó, ya se estaban dando un beso. Esa es una seña que toda la taquería pudo entender, hasta don Humberto, que estaba preparando unos tacos de bistec en la parrilla.

Ahora que son novios, Beto y Susi andan todo el tiempo juntos. Siempre agarrados de la mano. Bueno, siempre menos cuando tienen



algo que decirse. Sólo entonces se sueltan y se ponen a platicar con las manos.

Beto es el más aplicado de la clase, la verdad. El profesor Edgar le dio un cartel con el alfabeto de la *lengua de señas mexicana* y yo creo que en su casa ha de practicar mucho, porque cada vez le sale mejor.

Yo nada sabía, pero mi papá le había pedido a Edgar otro cartel igual. Tenía un plan bien pensado. Por eso se lo dio a Saúl.





El cartel de contrabando

Un lunes, con un cartel enrollado, Saúl en la escuela se apareció. Llegó derecho al salón, sacó un rollito de diúrex que traía en el bolsillo del pantalón y lo pegó mientras todos íbamos llegando. El que entraba, preguntaba que qué era eso y Saúl le decía que era un lenguaje en clave para hablar entre nosotros sin que nos entendiera la maestra. ¡Este Saúl!

Todos se emocionaron y quisieron aprender a hablar en señas. Para cuando entró la profesora Ofe, yo ya le había enseñado a todos a decir “Buenos días”, en lengua de señas. Vane la vio venir por el pasillo y nos avisó que casi llegaba. La maestra se quedó parada en la puerta del salón, extrañada, seguramente, de que estuvieramos todos tan calladitos. Entonces, todos hicimos:

“BUENOS DÍAS”.

Y la maestra se quedó sin entender.

–¿Qué les pasa, niños? ¡No me estén haciendo señas! –dijo. Claro, ahora no podía decir ¡Cállense niños!, porque todos estábamos en silencio.

–La estamos saludando en otro idioma, maestra –le explicó Sandra.

–¡Ah, qué niños tan graciosos! ¡Inventando idiomas!

–¡No, maestra! –gritó Saúl desde su lugar–. ¡Nosotros no fuimos!

–¡Saúl! ¿Cómo que tú no fuiste! ¡Siempre que dices eso es porque



tú tuviste algo que ver! ¡Y tratándose de idiomas inventados no me cabe la menor duda de que fuiste tú!

–No, yo no inventé ese idioma. Se lo juro, maestra.

Es un idioma que ya existe, de verdad.

–¡Sí, cómo no!

–¡De veras! –aclaró Sandra– es la *lengua de señas mexicana*, el idioma con el que hablan los sordos, maestra.

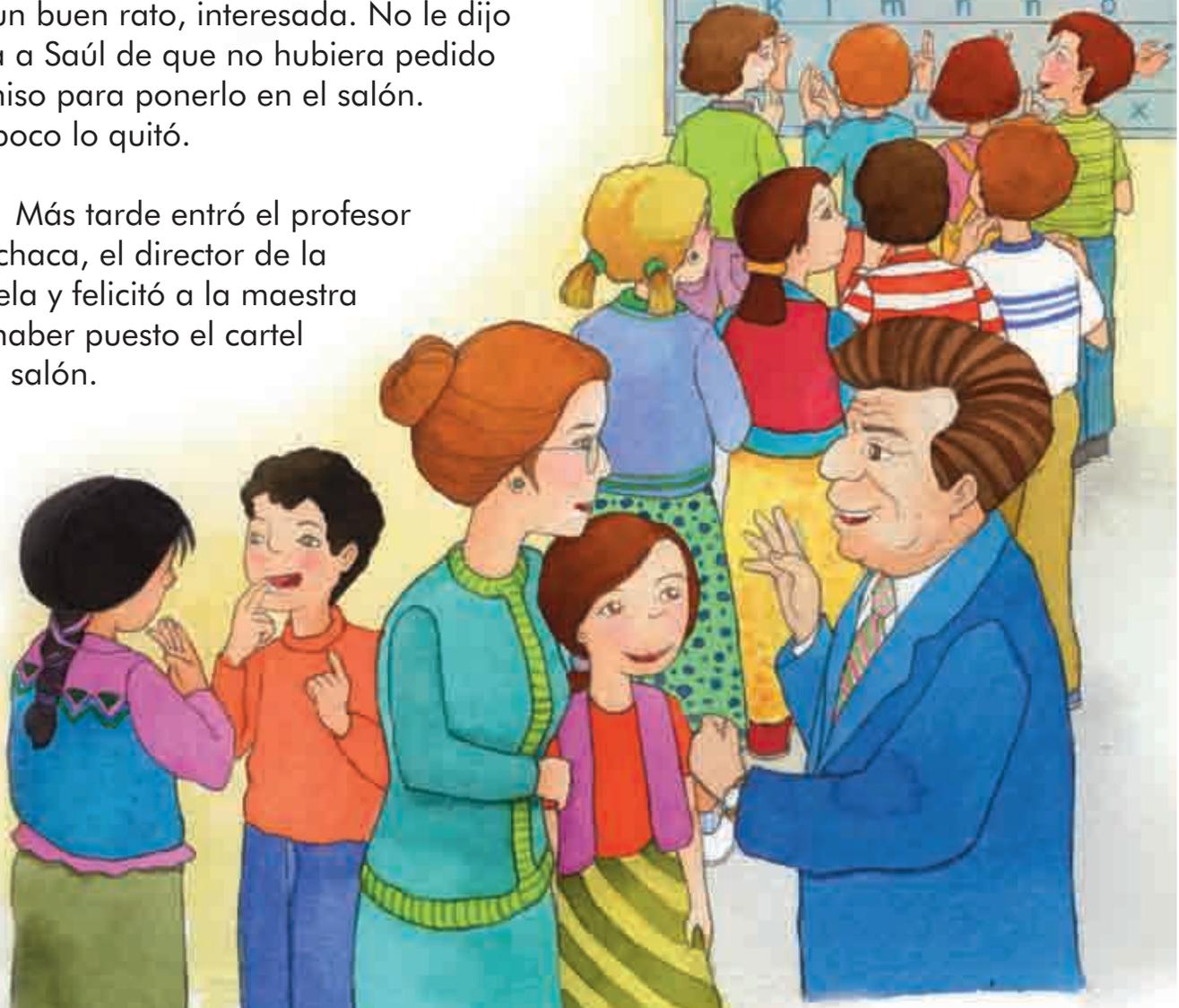


La maestra me volteó a ver, como si me preguntara si era cierto.

–Sí, maestra. De veras. Mire: Saúl trajo un cartel con el alfabeto –le contesté.

La maestra se acercó a verlo. Lo miró por un buen rato, interesada. No le dijo nada a Saúl de que no hubiera pedido permiso para ponerlo en el salón. Tampoco lo quitó.

Más tarde entró el profesor Menchaca, el director de la escuela y felicitó a la maestra por haber puesto el cartel en el salón.





–Muy bien, maestra Ofelia. Me sorprende y me agrada –le dijo–. Esa es la actitud que hay que tener ante la integración de todos los alumnos al grupo.

Yo creo que por eso la maestra dejó el cartel pegado hasta ahora.

Muchos de mis compañeros han aprendido muy rápido casi todas las señas que les he enseñado, ahora ya mis auxiliares auditivos uso en la escuela y no me da pena. Pero lo mejor es que ahora, cuando a la maestra se le olvida hablar de frente y me quedo sin saber algo, por señas le pregunto a Sandra, o a Vane, y ellas me contestan con sus manos.

–¡Niñas no se estén haciendo señas! –nos dice la maestra. Pero siempre Saúl le contesta:

–No se están haciendo señas, maestra están practicando idiomas. Es para la integración del grupo, como dijo el profesor Menchaca.

A ella no le gusta cuando no sabe de qué platicamos. Por eso, cuando les enseño una nueva seña a mis amigos, ella la dibuja en su cuaderno. Yo me doy cuenta de que ya muchas las entiende. ¡A lo mejor a hablarme en señas también se anima un día!





Las personas con discapacidad

“Las personas con discapacidad incluyen a aquellas que tengan deficiencias físicas, mentales, intelectuales o sensoriales a largo plazo, que al interactuar con diversas barreras, puedan impedir su participación plena y efectiva en la sociedad, en igualdad de condiciones con las demás”.¹

Es fundamental recordar que actualmente se ha abandonado por completo el enfoque médico, asistencialista y proteccionista hacia las personas con discapacidad –que las consideraba enfermas, personas no capaces de integrarse a la sociedad o dignas de caridad– para dar paso al enfoque social, el cual se orienta al respeto de sus derechos humanos, a la igualdad de oportunidades y a la no discriminación; en suma, a hacer valer su posición como ciudadanos y ciudadanas cuyas necesidades son tan importantes como las del resto de la población, por lo que deben estar consideradas en las leyes y en las políticas públicas para todos.

Pautas para una conducta cortés hacia las personas con discapacidad:

- No subestime a las personas con discapacidad.
- No les ayude nunca sin preguntarles antes si quieren ser asistidas. Si ayuda, hágalo con discreción.
- Mantenga con ellas los contactos humanos habituales.
- Sea tolerante, pero no manifieste lástima.
- No les dé consejos a menos que se lo pidan.
- No se dirija al acompañante sino a la persona con discapacidad directamente.
- “La discapacidad es un concepto que evoluciona, y que resulta de la interacción entre las personas con deficiencias y las barreras debidas a la actitud y al entorno que evitan su participación plena y efectiva en la sociedad, en igualdad de condiciones con las demás”.¹ El lenguaje también evoluciona. El enfoque social de la discapacidad no centra su atención en la persona sino en el entorno. En el caso de los grupos discriminados es necesario que a la circunstancia con la que viven o nacen –tener discapacidad, adquirir VIH-sida, ser persona indígena– se anteponga su calidad de persona con derechos. Por lo tanto, en el caso que nos ocupa, el término correcto y ningún otro es *personas con discapacidad*:
 - No es el sordo o el sordomudo, lo correcto es persona sorda.
 - No es el ciego, cieguito, invidente, sino persona ciega.
 - No es el discapacitado(a), minusválido(a), o persona con capacidades diferentes, son personas con discapacidad.

¹ Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad de Naciones Unidas, artículo 1, párrafo segundo. Propósito.



- Evite decir “padece” o “sufre” una discapacidad. Estas palabras tienen asociada una carga muy negativa; se dice “vive” con una discapacidad.
- Evite decirles “pacientes”. Este término implica enfermedad y las personas con discapacidad no son enfermas.
- No diga “atado a una silla de ruedas”. Una persona con discapacidad utiliza la silla de ruedas para moverse, así como una persona sin discapacidad utiliza sus piernas para desplazarse.
- No es “víctima de una discapacidad”. La persona puede haber adquirido su discapacidad por un accidente, y no continúa siendo víctima sólo porque tiene una discapacidad permanente.
- No se trata de “inválidos”. Este término negativo implica “sin valor”, por lo que no se debe utilizar.
- Las personas sin discapacidad no son “personas normales”, ya que ello implicaría que la persona con discapacidad es “anormal”. Una persona con discapacidad realiza algunas actividades de manera diferente, pero eso no la convierte en anormal.

Las personas sordas

La persona sorda tiene una pérdida auditiva en grado variable. Se comunica de forma diferente, ya sea oralmente o con lengua de señas, que no son simples gestos manuales sino una lengua completa conformada por ideogramas, con reglas gramaticales perfectamente establecidas y que forma parte de toda una cultura sorda.

- Algunas personas sordas leen los labios.
- Algunas personas hipoacúsicas utilizan auxiliares auditivos.
- Cuando la persona sorda hable, si a usted le cuesta trabajo entenderla, ponga atención y haga un esfuerzo por comprender lo que dice.
- Si no entiende lo que le acaba de decir, pídale que lo repita. No pretenda hacer como que entiende cuando no lo ha hecho.
- En caso de no entenderse de manera oral, pregúntele si pueden utilizar papel y lápiz.
- Es importante hablarles de frente, articular las palabras en forma clara y pausada. El lenguaje corporal que utilizamos cotidianamente puede ser una buena herramienta para comunicarnos con las personas sordas.
- Evite taparse la boca o voltear cuando la persona sorda está tratando de leer sus labios.
- Cuando hable con una persona sorda, evite mascar chicle, comer o fumar.
- Por favor, no le grite.



Nos interesa tu opinión

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en
el CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, col. Anzures, del.
Miguel Hidalgo, CP 11590, o bien
escribenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx